

Paisaje de Las Palmas.

LA GRAN CANARIA

En el año 1909 realizó don Miguel de Unamuno una visita a Canarias, cuyas impresiones dió a luz en su libro "Por tierras de Portugal y España". Una parte de estos textos se publican aquí como relato, magnífico, de un testigo excepcional.

Esta ciudad de Las Palmas poco, muy poco, tiene de interés para los que vamos buscando emociones que nos aren por dentro del espíritu. Ha crecido mucho, se ha ensanchado, se ha embellecido según entienden la belleza los comerciantes y los turistas por aburrimiento, tiene un puerto magnífico. Todo esto está muy bien, sin duda.

Aquí, en el puerto de la Luz, en el puerto de las Isletas, hizo parada Colón cuando iba al descubrimiento del Nuevo Mundo. Proponíase dejar la carabela *Pinta*, cuyo timón estaba fuera de sitio, cambiándola por otra. No pudo lograrlo. Por entonces, Alonso de Lugo se preparaba a la conquista de la isla de la Palma. Y Colón se despidió aquí del viejo mundo, y partió para el desconocido, que tanta influencia había de tener en el porvenir de estas islas. Porque ellas no son, ante todo y sobre todo, sino una avanzada de Europa, de España sobre América, y una avanzada de América sobre Europa, sobre España y sobre África. Son un mésón colocado en una gran encrucijada de los caminos de los grandes pueblos. En el descanso del viaje, uno entra a pasar una noche; otro, a tomar un refrigerio;

otro, a pisar tierra firme. Lo malo es que no tienen tiempo de internarse; el buque espera. Y así sólo ven la ciudad, el puerto. Es como en esas paradas en los antiguos mesones o ventas mientras mudaban el tiro de caballerías. El viajero podía estirar las piernas, tenderse acaso en un lecho, tomar un restaurativo; pero no le daba tiempo a ir al vecino soto, a tenderse en el césped junto a un arroyo y oír cantar los pájaros. Y aquel encantador vallecito de que le hablaban caía muy lejos: el mayoral hacía ya restallar el látigo y los caballos de refresco piafaban. Había, pues, que continuar el viaje.

Y lo interesante aquí, en esta isla de la Gran Canaria, está en el interior, está en las dos grandes calderas de este enorme volcán apagado hace siglos.

Subí a Teror, un pueblecito de singular sosiego, que me recordó alguno de los pueblos del Miño portugués. Si no fuese por las palmeras, este árbol litúrgico que parece un gran cirio de quieta llama verde; si no fuese por los plátanos, si no fuese por otras plantas tropicales, esto recordaría a las veces Galicia.



*Audiencia Territorial
de Las Palmas. Apunte del natural.*

Allí, en Teror, está el santuario de Nuestra Señora del Pino, la consoladora de las aflicciones domésticas de los canarios. Es una imagen barroca por la indumentaria.

De mañana emprendimos la marcha a caballo para ir a visitar el valle o barranco de Tejeda, una de las dos grandes calderas volcánicas de la isla. El camino va por entre barrancas, donde a trechos cubre el suelo el humilde codeso; en hondonadas alzan sus cabezas frondosas el castaño y el nogal, y en calcinadas vertientes o entre rocas volcánicas prende tal cual miserable tabaiba. Hicimos alto en Valleseco, un pueblecito tendido en la falda de la montaña, y que estaba engalanado por hallarse de fiesta.

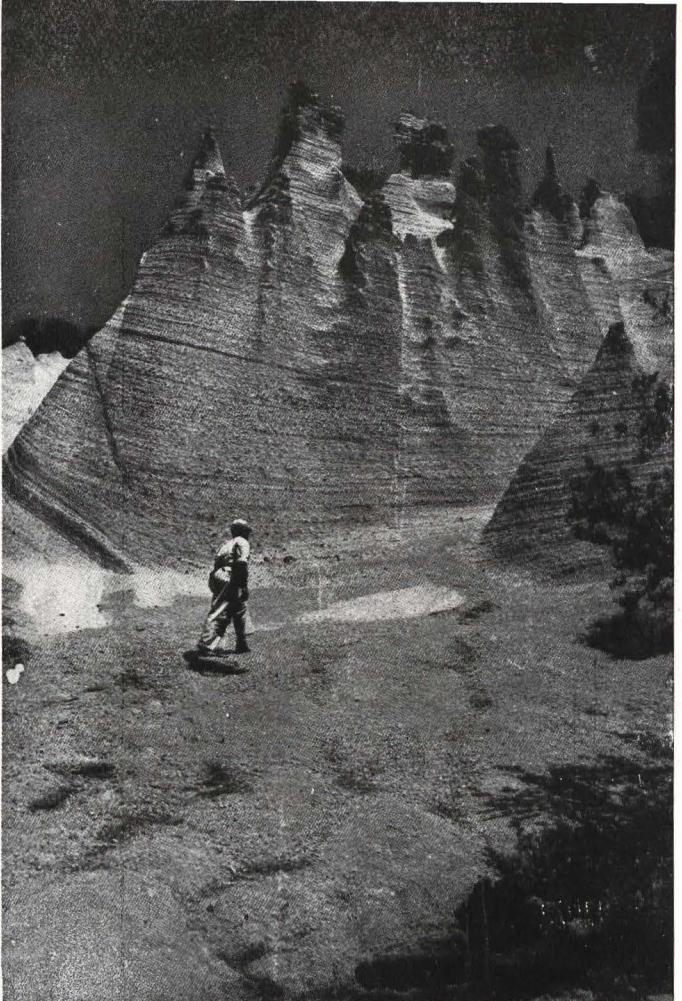
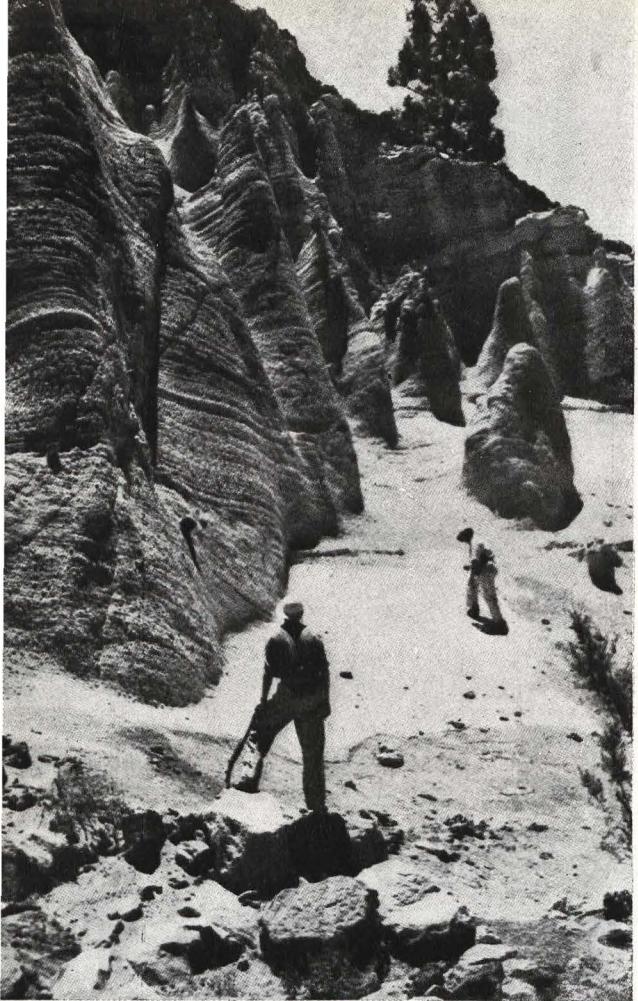
Pasando senderos cortados a pico en abruptos y escarpados derrumbaderos, dimos vista al valle de Tejeda. El espectáculo es imponente. Todas aquellas negras murallas de la gran caldera, con sus crestas que parecen almenadas, con sus roques enhiestos, ofrecen el aspecto de una visión dantesca. No otra cosa pueden ser las calderas del Infierno, que visitó el florentino. Es una tremenda commoción de las entrañas de la tierra, parece todo ello una tempestad petrificada; pero una tempestad de fuego, de lava, más que de agua.

Y allá lejos, por encima de las crestas en que se yerguen adustos, negros y encrespados los roques, se alzaba sobre el mar, no ya del agua, sino de niebla, la isla de Tenerife, cual visión celeste, y, dominándola, el gigante atalaya de España: el pico de Teide. Era real-

mente un espectáculo que parecía sacarme de los estrechos límites en que caminaba aquel inmenso solio que se levantaba de entre las nubes. Diríase que estaba suspendido en el cielo. De tal modo, un mar de niebla cubría y abrigaba al mar de agua. Y la vista reposaba en aquella visión como en algo que careciese de materialidad tangible, como en algo que había surgido para recreo de los ojos y sugestión del corazón. Algún lagarto asomaba en tanto por entre las rocas y algún cernicalo suspendía su vuelo sobre el abismo. Y en el fondo de éste no se oía bramar el agua.

Es, en efecto, uno de los más extraños efectos de esta tierra el de asomarse a una barranca y no ver el agua en el fondo de ella. El agua está acá y allá embalsada cuidadosamente por el hombre o corre por canalillos de acequia, obra también de mano humana. Pero un río, un verdadero río, un río rumoroso, con sus cascadas, sus colas de caballo, sus remansos, sus rápidos, esto no se ve. Extraña impresión produce en esta misma ciudad de Las Palmas cruzar el puente del torrente del Guiniguada, que no es, en esta época del año por lo menos, sino un lecho pedregoso y negro por donde no discurre ni el más leve hilo de agua. Y el agua es como el alma del paisaje; en ella se ven reflejados árboles y colinas y como que adquieren visión y conciencia de sí mismos.

Este pueblo de Las Palmas es un pueblo en su crisis de crecimiento, con todos los fenómenos que a ella acompañan; un pueblo que empieza a entrar en la pu-



Toscas en la cumbre de Vilaflor (Tenerife).



Pueblo de
Lagunetas.
Gran Canaria.

bertad civil, que apenas si comienza a adquirir conciencia colectiva pública de ciudadanía. Y en el fondo tal vez los efectos de la honda crisis económica que a la del acrecimiento acompaña. Han empezado ya las huelgas de los obreros cargadores—de carbón y de carga blanca—del puerto de la Luz; huelgas que podrán llegar a ser una sacudida en la conciencia pública y que acaso eviten el que esta hermosa ciudad española, henchida de promesas y esperanzas, llegue a ser una gran factoría mediatisada por unas cuantas casas extranjeras. Porque mete pavor en cualquiera corazón de español patriota el oír cómo se habla aquí de *las casas*. Y esas casas tratan a sus obreros españoles, canarios, como acaso se guardarían muy bien de tratarlos si fuese en su tierra. Esta es en dondequiera nuestra desgracia.

Y en tanto, mientras poderosas casas extranjeras, inglesas, alemanas, francesas o belgas, explotan en nuestra tierra nuestros recursos, están en España los Bancos abarrotados de dinero, y hay quienes se hallan a la espera de cualquier dehesa por vender para comprarla, capitalizada su renta, ¿quién sabe?, al tres, al dos o tal vez al uno. ¿Es que no hay capitales españoles para independizarnos de esa bochornosa tutela económica de los de fuera? Sí, capitales españoles hay; pero lo que hay sobre todo es la singular cobardía del capitalista español. En esta tierra de jugadores, raro es el que se decide a arriesgar su fortuna en una empresa industrial o mercantil. Sobre una carta, sí; sobre un negocio, ¡no!

El cólera, el año 1851, precedido del hambre, fué acaso la primera sacudida del despertar de esta ciudad y con ella de la isla. A toda gran calamidad de esta índole, a toda epidemia, suele seguir un período de actividad, como si se quisiera recobrar energía perdida. Las fuentes de la vida engrosan su ahorro. Y así, aquí se siguió una nueva vida a aquel terrible azote. Vinieron los puertos fracos, la construcción del puerto de la Luz, el cultivo de la cochinilla, que inundó de riqueza a la isla, y en tanto se agitaba el viejo pleito de la división de la provincia, la vieja rivalidad entre la ciudad de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife. En

1858 se restableció la división de 1852 entre el regocijo de Las Palmas y la indignación de Tenerife. Pero la guerra de África de 1860 hizo que estos isleños olvidaran por un tiempo sus intestinas disensiones. Por este mismo tiempo, la cochinilla era oro. Y de nuevo hizo acallar sus discordias interinsulares la gestación y el estallido de la revolución de septiembre de 1868. El pueblo canario volvió a palpitarse con las palpitaciones de la madre patria.

Con la Restauración volvió la soñarrera. Pero durante ella, en 1883, se inauguraron las obras del gran puerto de refugio de la Luz, porvenir de esta ciudad y de la isla toda. Y empezó la verdadera nueva vida.

Durante nuestras tristes guerras coloniales, los canarios mostraron lo acendrado y puro de su patriotismo español.

La guerra del Transvaal fué una fuente de riqueza para esta tierra, como la de Crimea lo fuera para toda España, donde aun se dice: lluvia, sol y guerra en Sebastopol.

Y es ahora, cuando la paz empieza a consolidarnos, cuando vamos curándonos del desangre de Cuba y Filipinas, cuando parece abrírnosnos un porvenir en África, en esa África a que geográficamente pertenecen estas islas; es ahora cuando vuelven a agitar sus intestinas disensiones y renuevan el pleito de la división. Mas no me cabe duda de que en cualquier conmoción general de España, cualquier peligro de la patria común, relegaría ese pleito aquí mismo al lugar más secundario que le corresponde. El pleito grande aquí es el de hacer ciudad, el de hacer ciudad en esta avanzada de España sobre América y sobre África, en esta portalada de América para España y para Europa.

Los que alguna vez vengáis a Europa—es decir, no sé si en rigor es desde Europa desde donde ahora escribo—, los que al cruzar el Atlántico os detengáis un momento en este mesón puesto en una encrucijada de caminos de los pueblos, no dejéis de echar pie a tierra en él, y si disponéis de tiempo internaos en la isla. No perderéis el tiempo. Os lo aseguro.



Vista de Santa Cruz.

SANTA CRUZ DE TENERIFE Y LA LAGUNA

Esta soledad del mar, que por todas partes nos ciñe, es un poderoso sedante, es casi un narcótico. Viene la inmensa sabana líquida palpitante desde el cielo, y viene cantádonos, por sus miles de olas, recuerdos de la aurora del mundo, de muchos siglos antes de que naciera el hombre, recuerdos de antes de que hubiese vida. Y fué él, fué el mar, fué esta eterna esfinge azul de erin de plata, la cuna de la vida. Y él, el mar, ciñe piadoso, con su pecho, a la tierra, su hija, y cuando el sol asalta con sus rayos las montañas, cíbrelas el mar, como con un yelmo, con nubes.

E iba yo contemplando desde cubierta cómo pasaban las olas, como pasan por la vida los hombres, e iba pensando en las ambiciones enterradas en el seno de esta fuente de consuelos. E iba pensando que este mar, que lo nivea todo, es escuela de igualdad, y es escuela de libertad este mar que rompe toda barrera, dando alas al alma, y lo es de fraternidad al juntar y enlazar los pueblos. Y pensaba qué dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso —silencioso y tranquilo mientras su sobrebaz ruge y se agita—, reposar aquí mientras sus olas cantan nuestra vida.

“¡Ya se ve! ¡Ya se ve!”, exclamaron unos estudiantes tinerfeños que volvían de vacaciones a sus casas, y apagó a los lejos una sombra, como niebla oscura y pesada. Y poco después distinguíamos claramente los abruptos acantilados de la isla de Tenerife surgiendo del mar.

Del mar surgió en un tiempo esta isla, como las otras islas Canarias, en poderosa conmoción, en titánica lucha entre Vulcano, dios de las ígneas entrañas de la tierra, y Neptuno, dios de los inmensos mares. Porque estas islas, por tanto tiempo envueltas en la bruma de

la leyenda; estos Campos Elíseos, estas islas Afortunadas, éstas que algún soñador supuso un resto de aquella antigua Atlántida, de que Platón nos cuenta el mito, y donde reinaban en felicidad y paz los hijos de Neptuno, estas islas fueron un alzamiento volcánico de las entrañas de la tierra, fué como si éstas levantarán su caldeado pecho a que se refrescase en el mar, a ver el cielo.

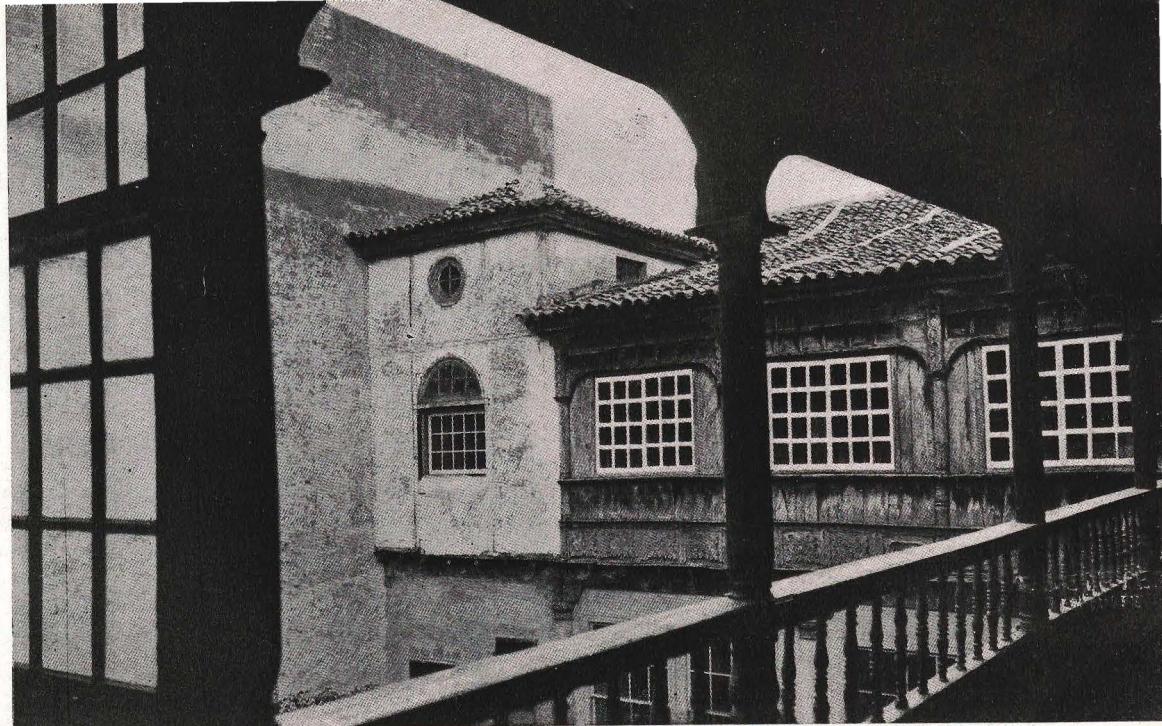
La leyenda ciñó durante siglos a estas islas como las ciñe el mar, aislandolas de la realidad histórica. Ellas vivieron en el mar tenebroso, escondidas a las miradas, y se las creyó habitadas de seres maravillosos. Entre ellas vagaba también aquella fabulosa isla errante de San Borondón, o San Balandrán, la del santo irlandés que allá, entre los hielos del polo, encontró a Judas, el traidor, que salía cada año, el día de Navidad, del infierno, para ir a refrescarse, en pago de un acto de caridad que una vez tuvo abrigando a un leproso con su capa.

Una de las primeras cosas que vi al desembarcar en el puerto de Santa Cruz de Tenerife fué un camello. No he vuelto a ver por acá otro. Y pienso que aquel primer encuentro fué un *omen*, un agüero.

Nada he de deciros de Santa Cruz de Tenerife. Sólo que ya allí empecé a impacientarme la lentitud de los hijos de esta tierra. Ya allí empecé a sentir los efectos de la soñarrera, de la dulce modorra del aislamiento.

Me apresuré a subir a la ciudad de La Laguna, a la ciudad de los Adelantados. En el camino os enseñan la casa nativa de don Nicolás Estévez, y junto a ella el almendro que él, don Nicolás, ha hecho famoso. Pues él cantó, diciendo: “Mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria no es España; mi patria es una choza, la sombra de un almendro”... etc.

Patio de la Facultad de Filosofía y Letras de La Laguna.



¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! Acabará por ahorcarse de él.

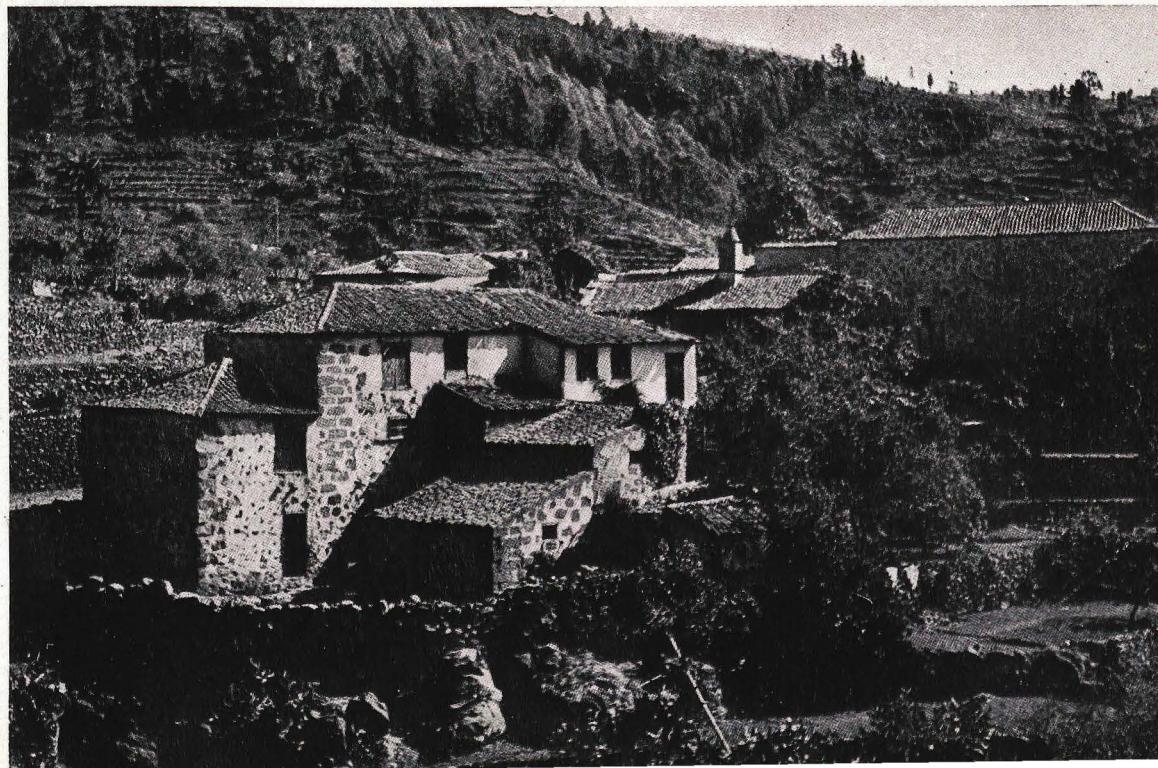
En La Laguna, un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma. En el cielo, bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo, una torre oscura tronchada. Acá y allá, casas con salientes miradores de madera, de celosías, pintados de verde por lo común; unos miradores muy típicos, tras de los cuales se adivina a la dama que espera, que espera desde hace siglos; a la misma dama de los tiempos del Adelantado. En algunos tejados, el berode, una planta que parece un pequeño pino. Pero han empezado a quitarla, con lo cual se quita a la vez carácter a la población. Aquellas humildes plantas, que hacen como un bosque diminuto, liliputiense, en los tejados, son algo, a la vez que decorativo, simbólico.

El palacio del obispo, unas cuantas casas solariegas recogidas y silenciosas, allá del siglo XVII, dentro de las cuales deben habitar todavía unas venerables ancianas ceremoniosas, unas tías cargadas de años y de

recuerdos. Me han contado que los magos—así llaman aquí a los campesinos—confundían muchas veces con el buzón del correo la ventana baja y enrejada de una de estas mansiones señoriales, y echaban por ella cartas a sus parientes emigrados en América. Un día, al cabo de mucho tiempo, se hubo de abrir el sótano a que daba luz aquella solemne ventana; apareció su suelo sembrado de cartas que debían haber llevado consuelos a América. Desde entonces se le puso un alambrado a la ventana. ¿Y no os dice nada ese sótano de la vieja mansión señorial de La Laguna, guardando en su seno secretos de familias, ruegos, consuelos, reconvenciones, quejas, súplicas, la noticia tal vez de la muerte de la madre adorada? Es tal vez mejor que aquellas cartas no llegasen a su destino. ¿Qué más da?

Allí, en La Laguna, en la vieja ciudad de los Adelantados, la de la Universidad en un tiempo, recordaba cuanto en escritores americanos he leído de las viejas ciudades coloniales. Dicen que La Laguna parece una ciudad castellana, y algo hay de esto; algo también de castellano, pero de la Castilla montañesa, tiene el

Caserío en Vilaflor. Tenerife.



campo sereno que la rodea. Pero hay, sin embargo, un tono especial que no es precisamente el de las viejas ciudades castellanas. Aquellas calles espaciosas y rectas, aquel despejo, aquel aire de rigodón monástico, algo de ceremonioso, todo aquello en que se advina una creación señorial del siglo XVII, la diferencia de las rudas viejas ciudades castellanas en que alzan su cabeza indómita torres románticas, donde tal vez persiste algún trozo de muralla romana, donde hay algo de los siglos de reconquista, algo que nos dice de una fe ingenua armada de tizona de combate. La Laguna está vestida de casaca, o de hábitos de fraile, si queréis.

Alonso de Lugo firmó en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria un contrato, en 13 de junio de 1494, para terminar la conquista de la isla de Tenerife; púsose bajo la protección del duque de Medina-Sidonia, cuyo abuelo, el conde de Niebla, había llevado el título de Rey de las islas de Canaria, y emprendió su empresa. Partió del puerto de Sanlúcar en seis carabelas, llevando 650 peones y 40 caballeros, esperanzados todos con la fortuna que allá, en las islas Afortunadas, les esperaba. Hizo Alonso de Lugo parada en la Gran Canaria, tomó en ésta algunas compañías de indígenas canarios, deseosos de medirse con los de Tenerife, no de otro modo que Cortés se valió de la ayuda de los tlascaltecas para someter a los aztecas, y con este reforzó y otros abordó a la isla de Tenerife. Abordó a Tenerife con 1.100 hombres de a pie y 50 de a caballo, adoró la cruz y reedificó el torreón derruido por los guanches.

Bencomo, uno de los reyezuelos de éstos, de aquella brava casta indígena, que debió de llevar en sus venas la sangre misma que hoy llevan los bravos cabileños

del Rif, y la misma también de la primitiva roca étnica de España—pues yo me complazco en creer que en el fondo seguimos los españoles todos, y más nosotros los vascos, siendo berberiscos—. Bencomo, ufano con anteriores triunfos, bajó al valle de La Laguna. Uniéronsele Acaimo, Tegueste, Cebansuy y su hermano Zinguaro, con sendos contingentes. Alonso de Lugo, por su parte, dejando en la torre de Santa Cruz a los canarios, se puso en marcha y llegó al valle. Lo mismo que hacía Cortés hizo Lugo, y fué enviar por un lenguaz o truchimán mensaje a Bencomo para que se rindiera, ahorrando una batalla. Rechazólo Bencomo, no de otro modo que Guatimocín. Y se trabó un combate del mismo género de aquellos combates de que nos dice Bernal Díaz del Castillo, el inmortal cronista del inmortal Cortés. Los mosquetes y las ballestas de los castellanos abrían sangriento surco en las filas de los desnudos guanches, que, lanzando alaridos, defendían con piedras y palos su salvaje libertad. Y luego entraba en lucha el caballo, este monstruo que tanto pavor puso siempre en los pobres indios. El resultado de semejantes combates era casi siempre infalible. No les era posible a aquellos pobres indígenas resistir la superioridad de armamento, de disciplina y de ciencia militar de los castellanos. Pero al menos vendían cara su selvática independencia.

Y después de todo, el español casi nunca ha exterminado las razas indígenas de aquellos pueblos que ha conquistado, sino que se las ha asimilado, se ha fundido con ellas; el español ha formado en dondequiera pueblos mestizos. Y aquí, en estas islas Canarias, no exterminó a los guanches, sino que se fundió con ellos,

Villa de Santa María de Betancuria.





fusión tanto más fácil cuanto que probablemente no eran, en el fondo, sino ramas de un mismo tronco, del tronco berberisco o del norte de África, modificado aquí y ahí por alguna otra mezcla. Los guanches fueron absorbidos y fueron bautizados. Eran españoles sin saberlo y antes que España viniese a turbar su secular siesta.

Después de esta batalla fué Alonso de Lugo reduciendo el país, hasta que el 29 de septiembre de 1496 dió fin a la conquista de Tenerife. En abril de 1497 salió del lugar de los Realejos, trasladándose a la vega de La Laguna, lugar escogido para fundar la capital de la isla, y de las islas todas durante mucho tiempo. Se echó su trazado, y en 20 de octubre eligió Lugo seis regidores y dos jurados y se redactaron unas ordenanzas. El obispo, don Diego de Muros, recibió una donación de terrenos; echáronse los cimientos del convento franciscano de San Miguel de las Victorias—pues el día de San Miguel se remató la conquista—y a los frailes agustinos se les cedió terrenos para otro con-

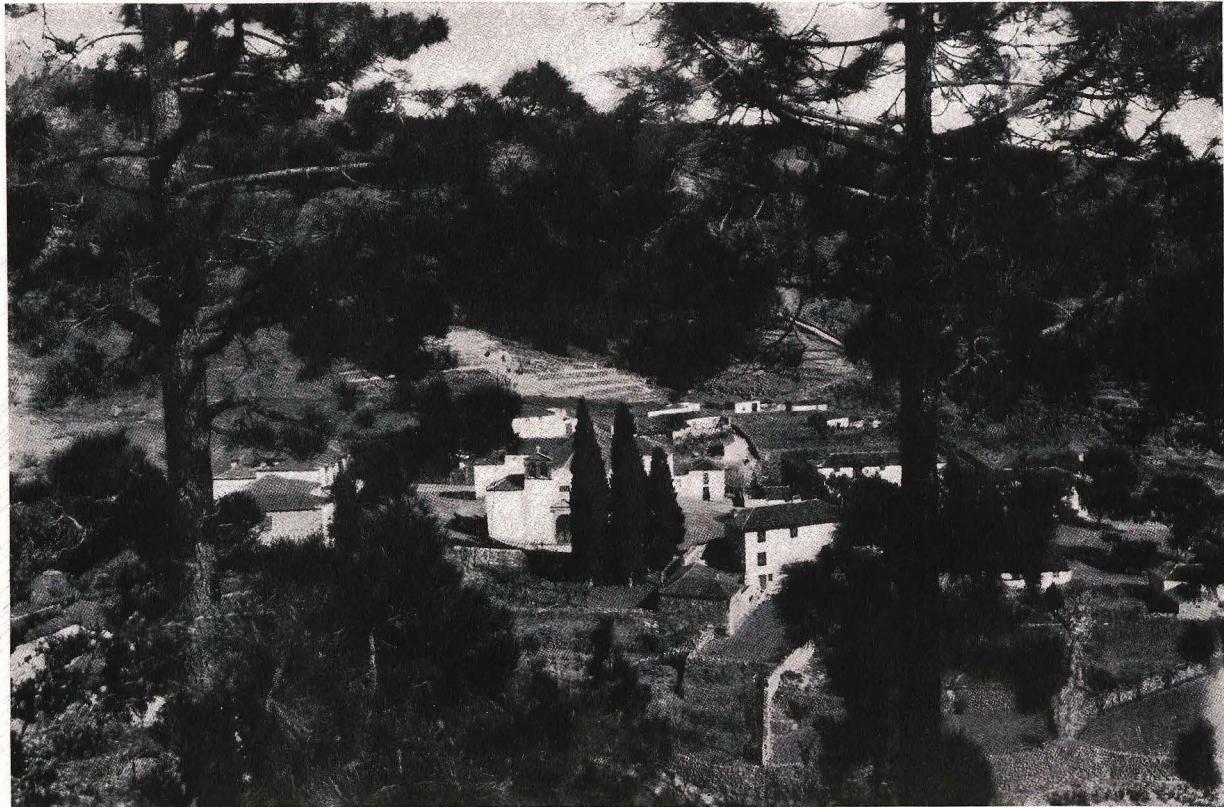
vento, que fué la cuna de los estudios universitarios del archipiélago. Y así, desde la fundación misma de la ciudad de La Laguna, adquirió el carácter convencional que la distinguió más adelante.

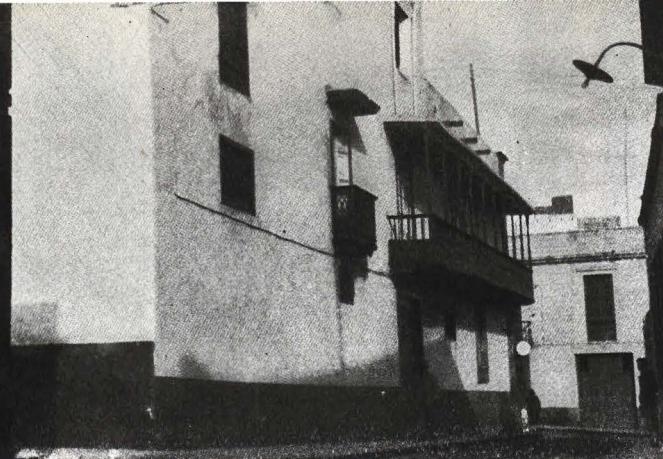
¡Lo que sería luego la vida en esta ciudad colonial en aquellos siglos XVII y XVIII, y aun a comienzos del siglo XIX! Tertulias en los conventos y en las casas señoriales, chocolate a media tarde, monjas reposteras, eternas conversaciones sobre el último caso en que el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición entendiera, y, de noche, tal o cual aventura galante. Una vida de singular lentitud, de marcha de gavota, ceremoniosa por fuera, mas no sin sus pasiones por dentro.

España empezó a agitarse después de la guerra de la Independencia, y esta agitación venía a romper en estas islas. El grito de Riego en Cabezas de San Juan, el día primero del año 1820, no se hizo público en Canarias hasta el 20 de abril; tardó, pues, más de cuatro meses en llegar acá.

Poco después empezaron las luchas por la capital de

Pueblo de Vilaflor. Tenerife.





las islas, luchas que todavía persisten. La rivalidad entre Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas absorbe una buena parte de la energía espiritual de estos isleños; energías que podrían encauzar por canales más productivos.

Hoy tiene la ciudad de La Laguna, como resto de su antiguo esplendor, además del obispado del Tenerife, uno de los dos de las islas, el Instituto de segunda enseñanza de estas mismas islas. Ocupa el local de un antiguo convento y en donde estuvo algún tiempo la Universidad canaria. Es un rincón de singular sosiego, un remanso de quietud que solicita al estudio—al estudio, sí, pero, ¿por qué no decirlo?, también a la siesta—, una isla de espíritu. El patio es un encanto. Allí, en aquel retiro, ¿quién no se decidiría a escribir una larga, muy larga, y minuciosa, muy minuciosa, crónica contando las mil pequeñeces de aquella vida soñolienta y larga, tal cual se pudiera ir sacando de

viejos archivos y de la enmohecida memoria de algunas venerables señoras? Porque de estas mil pequeñeces consta la vida, la verdadera vida, y acaso es todo eso mucho más hondamente humano, y, desde luego, más eterno, que el resonante y teatral tumulto de las campañas napoleónicas. Chismes de tertulia de convento o de mansión de marqués, aventura galante en el recodo de la calle, al pie de la celosía, una discusión sobre un dato de historia... ¡y qué de pasiones debajo de todo esto!

Allí cerca levantaba a las brumas del cielo la nevada cabeza del gigantesco Teide y en sus entrañas se agitaban los fuegos de las entrañas de la tierra. Y de ordinario nada señalaba estos fuegos volcánicos, como no fuese una columna de humo, siempre igual, siempre mansa, siempre rutinera, que iba a perderse en las brumas, en las brumas del ensueño.

MIGUEL DE UNAMUNO

Casa en la plaza de Vilaflor. Tenerife.

